

JUANI

Roberto Maurer

Hace unos días me dirigí a un barman pidiéndole un *destornillador*, y su respuesta fue una expresión de desconcierto. “Las nuevas generaciones de barmans ignoran qué es un *destornillador*”, me advirtió un joven amigo. “Probá de nuevo, pero esta vez pedile que te sirva un jugo de naranja, y que después le eche vodka y mucho hielo”. Dio resultado.

El *destornillador* era una bebida que solíamos preparar con Saer, a quien desde ahora llamaré Juani, a quien le gustaban los cócteles. Acabábamos de llegar a Buenos Aires, cierta vez, y desde la estación de Retiro fuimos rectamente a “Sacha’ s”, un local especializado en cocteles, donde pidió uno llamado “Elenita”. El mozo no conocía esa mezcla y mantuvo una actitud respetuosa hasta que, ante la insistencia de Juani, estimó que había llegado el momento de humillarnos, ya sin cargo de conciencia. “Eso no es coctelería internacional”, nos contestó con arrogancia. Era un ruso artificial, impresionante, de espesas cejas negras. Con cada una de ellas uno podía fabricarse una barba y disfrazarse de Rasputín.

La triste historia de Elenita es una de mis favoritas y cada tanto se la recuerdo a Juani en esas circunstancias, como la de un asado, propicias al fino entretenimiento de ridiculizar a los seres queridos.

He mencionado bebidas anacrónicas con el propósito de ir alcanzando los recuerdos sin forzar la memoria voluntaria. Si la dieta natural de la literatura prescribe asociaciones basadas en los gustos, el olfato y los dolores de espalda, un estímulo para los sentidos podría consistir en encaminarme hacia el *bar de la galería*, a la nohechita, y pedir una sangría, igual que en los viejos buenos tiempos, como diría un chulo en decadencia.

Sin embargo, me estaría exponiendo a nuevas humillaciones o a la obligación de explicar, penosamente, que una sangría se prepara con vino tinto, limón, azúcar y mucho hielo. Se trata de otro brebaje en desuso, justo en esta ciudad de veranos tan calurosos. Peor aún, debería descender otro peldaño en la estima del personal de bares, y pedir una sangría de vino blanco, no de tinto, apartándome definitivamente de las costumbres civilizadas. Alguien había difundido esa coquetería inofensiva en aquellos veranos.

* * *

Alrededor de las jarras de sangría de vino blanco, en el patio con plantas del Doria, aquel bar de la galería comercial cuyo propietario era un ex soldado italiano que había participado en la ocupación de París que no se explicaba la razón por la cual los franceses se mostraban antipáticos, en ese bar, insisto, solíamos reunirnos con un elenco fluctuante de parroquianos. No era una tertulia literaria sino, mas bien, una mesa a la cual se sentaban tipos que planeaban algo para la noche. Esta es una forma algo teatral de referirse a una noche más en una capital administrativa de diversiones frugales, y a los hábitos de una clase semiociosa para la cual el tiempo no tenía el valor de una mina de diamantes.

“Estamos a tiempo de llegar al *variété*”, siempre decía Juani, mirando el reloj. A mí, el show del cabaret me resultaba tan atractivo como una visita a la morgue, de madrugada. Para él había un incentivo, ya que se estaba restableciendo de una relación intensa con una bailarina brasilera, negra, sobre la cual, en ese entonces, no se me proporcionaban detalles en consideración a mi inocencia: yo acababa de llegar a la gran ciudad.

Con Juani formábamos parte de esa clase semiociosa porque, a la edad adecuada, habíamos aprendido a rehuir de compromisos laborales demasiado absorbentes. El buen Dios había dispuesto que otros, en esa mesa, por distintos caminos hubieran llegado a las mismas conclusiones. Un abogado estaba convalciente de una

catástrofe amorosa, y había resuelto que el mejor modo de curar sus heridas consistía, sencillamente, en dejarse estar. Con algún cinismo, teorizaba sobre la fama de Santa Fe como ciudad de gran actividad cultural —un fenómeno que no es directamente proporcional a la creatividad—, sosteniendo que era una consecuencia de la falta de industrias y la debilidad de su movimiento comercial y bancario. Los santafesinos, por lo tanto, a falta de buenos puestos de trabajo, habían orientado su existencia hacia quehaceres artísticos y, en lugar de contar con buenos torneros, cajeros de banco y personas empujadas por la sana ambición de ganar dinero, la ciudad se había inundado de pintores, poetas y actores.

Otro *habitué* había convertido en un estilo de vida su capacidad para fundar bares, restaurantes y pizzerías que vendía una vez que funcionaban exitosamente, para luego vivir de esa plata, sin hacer nada, hasta que se le terminaba y repetía la operación. Había descubierto la fórmula de felicidad, la de un equilibrio razonable entre el trabajo y el ocio, que alternaba periódicamente con la misma energía.

Cuando lo conocimos, gastaba la plata que iba cobrando en cuotas por la venta de un *night club* y una pescadería, y organizaba pequeñas fiestas en la terraza de su casa, a pocas cuadras del Doria. El vino era servido en tarros de *Esso Motor Oil*, que el dueño de casa presentaba irónicamente como una prueba de refinamiento extremo, y los borrachos amanecían tendidos en la azotea, pero no recuerdo que hubieran deseado ver la salida del sol.

También frecuentábamos en ese grupo al desertor de un seminario jesuita, guitarrista y cantor, y a un judío alegre, que formaban un binomio muy divertido que parecía extraído del *music hall*, y a otro joven muy despierto, del cual dudo haya aprobado la escuela primaria, que nos abandonó para buscar nuevos horizontes en Bolivia, desde donde nos llegaron las noticias de que ofrecía charlas en la universidad y que se hacía pasar por un sobrino del presidente de la Nación, la nuestra.

Cito especialmente la estrecha relación afectiva con un amigo cuyas frecuentes visitas a establecimientos psiquiátricos, en ese entonces, estaban por culminar con una prematura jubilación por discapacidad. En los extraños relatos que escribía se mezclaban Arlt, Freud, Saer y José Stalin. Fue un pionero del graffiti en la ciudad y sus extravagantes consignas se fueron extendiendo de las paredes a los monumentos públicos. Con el tiempo, se fue afirmando en la idea de que, en literatura, Saer era su epígono, y, a quien quisiera escucharlo, también le contaba que le debía mil pesos.

Se conocían desde la adolescencia, y habían compartido un departamento de soltero cuando ambos se independizaron consiguiendo trabajo, a fines de los 50. Hoy recorre las calles de Santa Fe, incansable, como una conciencia portátil de aquellos tiempos, desparramando chismes malignos sobre todos nosotros, e insistiendo con que Saer le debe mil pesos.

Ese círculo de relaciones de Juani, en ese momento, no era preponderantemente intelectual, aunque sostenía, a la vez, una fuerte amistad con los poetas Juan L. Ortiz y Hugo Gola.

De todos modos, se trataba de gentes *s sofisticadas* en el sentido utilizado reiteradamente por Miles Davis para definir personalidades complejas y universales, a tipos con clase. La mayoría se fue de la ciudad o murió prematuramente, y prefiero no dar nombres por consideración a las individualidades, y no sumarlos en una lista como si fueran un equipo de rugby o, más apropiadamente, las víctimas de un accidente. No merecen tanto por lo que hicieron como por lo que dejaron de hacer.

Haría una excepción con Mario Medina, no por que lo crea muerto, lo que no implicaría superioridad alguna de su parte, ya que se trata de una experiencia al alcance de todos, sino por un compromiso de gratitud que acompaña cierta sensación de culpa, que Juani comparte conmigo.

Mario había sufrido mucho en su infancia y primera juventud, y llegaba de una pésima experiencia comercial de librero que

regalaba su mercadería en lugar de venderla cuando la clienta era de ojos azules. En aquella época Mario prodigó a sus amigos un habitat que supimos disfrutar, en Colastiné Norte, donde su madre explotaba un cabaret llamado “El bosque alegre”, un motel para parejas y un restaurante que se alineaban sobre la ruta denominada “de la costa”, en una zona semirural ubicada a diez minutos de la ciudad.

Mario, que había recuperado la prosperidad y su sentido intrínseco del despilfarro, atendía el motel hasta la madrugada, y uno sabía que podía aparecer a cualquier hora de la noche. Era como si siempre nos estuviera esperando con la luz encendida, su buena biblioteca, vino y un tocadiscos donde escuchábamos con insistencia las canciones playeras de Dorival Caymmi, condicionados por el amor en retirada de Juani por la brasilera, que aún determinaba su gusto musical.

Al otro día, a media mañana, Mario sorprendía a sus huéspedes con unos amarillos a la parrilla, envueltos en papel de diario, que podían ser desayuno o aperitivo. Los horarios respondían a otras regulaciones, allí, donde uno se instalaba en una suerte de intemporalidad, atendido por ese anfitrión de modales obsequiosos en los cuales relampagueaba cierta ironía endemoniada.

Tuvo la temprana y sostenida convicción de que Saer era un gran escritor, y su olfato literario podía ser tan agudo como el de Juani. Cuando apareció *Sobre héroes y tumbas*, quizás porque estaba en el aire la necesidad de la “gran novela argentina”, Juani y otros amigos durante una semana creyeron haberla encontrado, pero Mario permaneció aferrado a su juicio inicial —negativo—, que los otros terminaron por aceptar.

No conozco Las Vegas, pero siempre recordaré la excitación de ir llegando en el 19 al Bosque alegre, que resplandecía en la noche de un campo de pastos grises. Era un pequeño mundo constituido por chicas del oficio, sus protectores profesionales, taximetristas, mozos y clientes entre los cuales, alguna vez, figuró un conocido

asaltante de bancos con quien Juani y yo nos sacamos una foto. Si el día siguiente era domingo, muchos de ellos se incorporaban a la mesa familiar a la cual podía sumarse alguna pareja de confianza que había dormido esa noche en el motel.

Me resultaba difícil distinguir entre parroquianos, huéspedes transitorios, personal fijo, invitados y familiares, sin contar perros y niños. Una vez, un jubilado amigo de la casa llegó de visita para pasar el fin de semana y se fue quedando los siguientes veinticinco años, creo que hasta estos días, atendiendo el motel, aún desaparecidos los propietarios originales. Con el mismo personaje, Anthony Perkins sigue haciendo versiones de *Psicosis* y un montón de dinero.

* * *

Juani y yo fuimos presentados formalmente a principios de 1961 a la salida del cine Belgrano, donde, es curioso, se daba una película de Franco Rosi —no Francesco— sobre dos amigos. Yo era un joven forastero tímido, inexperto y candoroso, y rápidamente nos convertimos en amigos inseparables. Es más, he sido su acreedor, una condición que forzosamente tiende a estrechar vínculos entre los seres humanos. He pensado, esquemáticamente, que nuestras personalidades eran complementarias. En Juani se observaba cierta tendencia al desborde, aunque la mayoría de sus excesos figuraban desde hacía tiempo en la Biblia. No era la pequeña Shirley Temple, quiero decir. Siendo yo un tipo más bien reprimido, es probable que él confundiera esa índole con la virtud de la templanza, en tanto que, por mi parte depositaba en su personalidad exuberante la posibilidad de mis propios desórdenes.

Era un amigo generoso y divertido, y un ser sociable, tanto que, a veces le reprochábamos la búsqueda compulsiva de compañías innecesarias. Tal vez se trataba de una compensación a las horas de su trabajo de escritor, que no parecían formar parte de

los movimientos de la jornada. Era una zona de cierta reserva, físicamente instalada en un pequeño cuarto de la terraza de la casa familiar, en un sector comercial de la ruidosa calle Mendoza, del centro de la ciudad, al cual su padre pertenecía como mayorista del negocio de ropería. Juani siempre disfrutó observando el movimiento de la calle, acodado en el parapeto de la terraza, un sitio aislado del resto de la casa, y un paisaje de techos y paredes ennegrecidas por la humedad.

* * *

También nos unía, creo, una inclinación compartida por la conversación, cuyos contenidos podían ser de interés secundario. Se trataba de valorizar los tiempos, las réplicas, los silencios, las digresiones y la destreza de pasar de un tema a otro del modo en que un avión abastece a otro en pleno vuelo.

Una vez, intentando convencerme de que lo acompañara a algún *party*, me dijo “vamos, así no tengo que soportar yo solo el peso de la conversación”. Si alguien se apresura a pensar en cierto *vedettismo*, es porque no sabe del sufrimiento de quienes ejercen esa responsabilidad, que se puede llegar a vivir como una carga pública, y que nos repartíamos como amigos y *partenaires* ante auditorios que, debo admitir desapasionadamente, antes que nuestras complicidades pueden haber preferido los peores números de Abbot y Costello.

En este terreno del *show business*, además, Juani era diestro en la payada, o sea la improvisación de coplas con acompañamiento de guitarra que se plantea como duelo verbal ante otro payador. Pero nuestros viejos trucos se repetían. Cuando nos separamos, nuestras rutinas ya eran demasiado profesionales. Cada uno siguió individualmente su carrera, y sólo volveríamos a formar el dúo para una función a beneficio.

* * *

Cuando lo conocí, Juani viajaba al interior de la provincia como representante del negocio de su padre. Algunas veces lo acompañaba en esas giras cortas, y así fue que conocí al poeta José Pedroni, a quien Juani respetaba mucho, una vez que fuimos a Esperanza y lo visitamos en su casa. No creo que resulte indecoroso consignar que fui presentado a un Pedroni en calzoncillos, cuando pasamos a su habitación porque se estaba cambiando.

La primera ocupación estable de Juani fue su empleo como periodista del diario *El Litoral*, donde la publicación de un cuento suyo ("Solás", incluido en su primer libro) sobre lesbianas, disgustó al obispo local. Hoy, el relato podría ser material de lectura en un colegio de monjas, en el caso de que la madre superiora no lo descartara por su ingenuidad.

Aunque en el escándalo fue respaldado por los empresarios del diario, Juani sostiene le sirvió de pretexto para renunciar al trabajo, ya que deseaba irse a Rosario a estudiar filosofía siguiendo los pasos de una chica de su afecto.

Volvió a tener un empleo fijo cuando ingresó como profesor al Instituto de Cine de la Universidad Nacional del Litoral, donde dictaba Historia y Estética del Cine. Disponía de la ventaja de *no* ser un especialista o sea que le bastaba con su formación intelectual, su sensibilidad de espectador y alguna bibliografía específica, para convertirse en un estímulo que motivaba a los estudiantes, o de aquellos que reunían las condiciones para ser estimulados. Desde entonces, se consolidó un círculo de amigos en su mayoría vinculados al cine que perdura hasta hoy, y que conservan sus afinidades a pesar de las sucesivas diásporas y la aspereza de carácter de cada uno.

Con Juani nos confabulábamos cotidianamente para ir al cine. Los años 60 fueron una buena época y a las numerosas salas santafesinas y los cineclubes llegaba todo lo que resultaba indispensable ver. Godard, por ejemplo, se estrenaba comercialmente,

como *Marienbad* y el *Transeuropean Express* de Robbe Grillet. Hacia fines de los 50, en Santa Fe se había organizado uno de los ciclos de Bergman más completos que se hubiera realizado en el mundo, hasta ese momento.

Rastreábamos películas en cines de barrio, y recuerdo, por citar, que fuimos a ver uno de los primeros films americanos de Losey al Doré, una sala popular conocida por su público de canillitas, ya que ese sector de la ciudad era un punto de reunión de los vendedores de diarios. Por un sobreprecio se podía ingresar a la platea alta, donde uno se encontraba a salvo de las escupidas y, eventualmente, podía echar sus propios salivazos al público de abajo.

En una función comercial de cine de acción vimos el *Scarface* de Howard Hawks, con Raúl Ruiz, el cineasta chileno que luego se hizo famoso en Francia. Por aquel tiempo fingía estudiar en el Instituto de Cine y habría de declarar luego su extrañeza: “Santa Fe es una ciudad de gente próspera y bien vestida, rodeada por campos con vacas y trigo; sin embargo, los estudiantes de cine siempre salen a la búsqueda de personas pobres para filmarlas”, fueron sus palabras, más o menos.

Juani gustaba mucho del cine y era un espectador inteligente y erudito, aunque nunca lo acompañé en su sobrevaloración de Lumet. Eso sí, siempre fue prudente en cuanto la consideración del cine como *arte superior*. De todos modos, su pensamiento al respecto se manifestaba con la cautela lógica de quien había comenzado a vender guiones y argumentos a un productor. Nadie escupe hacia arriba, y menos si vivió la experiencia de concurrir al cine Doré.

El productor se llamaba Giménez, era ingeniero, le gustaban los caballos y se decía que había participado en la celebración del pacto Perón-Frondizi, en Caracas. Puedo suponer que había encontrado alguna clase de negocio en hacer películas malas y sin posibilidades comerciales. Se había entusiasmado con Juani y con Dino Minuti, un director italiano desconocido.

Juani tenía muy en claro que de allí solamente se podían extraer unos pesos. Una vez, vencido el plazo para entregar un argumento, fui testigo de cómo lo escribía en el tren, mientras viajábamos a Buenos Aires, de apuro, para entregarlo al productor. Recuerdo que durante el viaje le conté una anécdota de mi abuela, que rápidamente fue a parar al guión.

Mantenia una buena relación con otros géneros populares. Conocía y apreciaba la literatura policial, especialmente a Chandler, pero también había leído a Wade Miller en la colección Rastros. No lo seguí en un subsiguiente retorno a la ficción deductiva, a la cual yo había abandonado en la adolescencia para no volver. Una vez me pasó una novela de Ellery Queen que le había despertado un módico interés, y no la pude terminar: la trama dependía del horario de un vendedor ambulante, que pudo haber pasado por la escena del crimen a las 8 o las 8:17.

Disfrutaba de la chacarera, un ritmo del folklore argentino que exige coplas incisivas, lo opuesto de la zamba, cuya molición rítmica invita al sentimentalismo y a la poesía *culta*. Yo tenía un *long play* que, con el nombre de "El Corral de la Morería", recopilaba grabaciones de Fosforito, Manolo Caracol y La Chunga, y en una época de escasez en que el cante jondo era representado por Miguel de Molina y Pedrito Rico. Juani fue tan impresionado por esa música que, con el tiempo, sería el único género popular que continuó frecuentando.

Siguiendo con la cultura popular, me acuerdo de una sobremesa con el dibujante Napoleón en el San Martín, el único comedor que permanecía abierto toda la noche. Había venido a la ciudad para presentar una exposición organizada por Juani, y nos entregamos a un repaso frenético de nuestros conocimientos del *comic* clásico.

Sin embargo, siempre estaba presente la idea de que estas manifestaciones no podían ser confundidas con el *arte autónomo* o la *cultura superior*, o como quiera ser llamado. Este cuidado

elemental en marcar las diferencias, bastaba para que uno fuera acusado de elitismo.

* * *

Era intransigente, riguroso y de una autoexigencia implacable en relación con el trabajo literario. Lo conocí cuando acababa de publicar *En la zona*, y alcancé a leer los originales de *Cicatrices*, antes de que se fuera a Francia. Nunca percibí que homologara la literatura a una carrera, o que buscara voluntariamente alguna forma de publicidad, o que se preocupara por cuestiones de mercado.

Este desapego no convierte automáticamente a las personas en giles, todo lo contrario. Los desinteresados, justamente porque supieron separar las aguas, suelen ser los negociadores más temibles para cerrar un trato comercial, y Juani lo era.

Apenas lo comencé a tratar, me transmitió su pasión por Faulkner. Sus lecturas seguramente se acomodaban al mandato de un dispositivo interior, y supongo que en eso consiste la búsqueda del autodidacta, aunque en aquel tiempo yo no sabía que se llamaba así. También leía las *novedades* a fin de mantenerse actualizado, una obligación de la cual, felizmente, los simples lectores estamos eximidos.

Sería ofensivo indicar que dedicaba tiempo a Joyce, Proust, Conrad, Henry James, Dostoievsky, Kafka o Thomas Mann, aunque puede resultar curioso que haya consagrado una temporada a la lectura de las piezas y prólogos de Bernard Shaw, y con entusiasmo.

La aparición de Salinger, me acuerdo, le produjo esa impresión fulminante que parece ser un fenómeno universal y sufrió un contagio. Escribió un cuento a la manera de Salinger, que en cualquiera que no sea Salinger solamente se constituye en afectación. A los tres días tiró el cuento y su restablecimiento fue rápido y sin consecuencias.

Alguna vez nos entregamos a la traducción de Nathanael West, en ese entonces inédito en español, pero no lo acompañé durante su periodo de intensas lecturas del *nouveau roman*, en parte provocado por un interés puramente técnico: era alguien que desarmaba un motor para ver cómo funcionaba. En el caso de Sarraute, era más que eso, y se editó un libro suyo traducido por Juani.

La literatura argentina estaba constituida por Hernández, Borges, Macedonio Fernández y Arlt, principalmente, y lo recuerdo aconsejándome la lectura de *La ribera*, de Enrique Wernicke; *Zama*, de Di Benedetto, y *La invención de Morel* y *El sueño de los héroes*, de Bioy Casares.

El tiempo canonizó estas inclinaciones, pero la defensa de Borges en esos años no era fácil de sobrellevar, ya que aún no había sido convertido en héroe nacional, y se trataba de enfrentamientos en soledad, prescindiendo de aliados de derecha, en enemistad con el populismo cultural de la izquierda de la cual uno formaba parte. ¿Qué les pasa con Borges en Santa Fe?, fue la pregunta que le dirigió a Juani un serio y extrañado intelectual porteño ante la defensa de Borges.

Una vez lo trajo a Santa Fe, a Borges. Juani estaba a sueldo como programador de cultura de una poderosa organización estudiantil que organizaba anualmente una gran rifa para viajar. Admito que se desempeñó con eficacia y dignidad durante esa experiencia de mercenario cultural que parece tan ajena a su estilo, aunque no a sus apremios económicos.

Organizó una conferencia de Borges, que en ese entonces era un hombre que podía caminar por la calle sin que nadie torciera la nuca para mirarlo. Fuimos a almorzar, y todo lo que recuerdo de ese encuentro entre el gran maestro de las letras argentinas y el joven león local, es que Borges tomó sopa de arroz, lo que, presumo, me inhabilita para evocar todo tipo de acontecimiento memorable.

El *boom* de la literatura latinoamericana nos pasó desapercibido, quiero decir, ninguna obra nos dejó una huella profunda como, por ejemplo, las de Filisberto Hernández, Rulfo y Onetti. Juani también leía filosofía y me acuerdo de su excitación cuando cayó por primera vez en sus manos un libro de Adorno, que para aquellos años no estaba divulgado como ahora (a esta altura admito que este tipo de simplificaciones ha comenzado a situarme en la posición molesta de quien dice “yo estuve presente el día que a Saer le cambiaron los pañales por primera vez”). En cuanto a la poesía, el fervor de Juani era tal que su elocuencia al respecto a veces superaba los signos de su pasión por la narrativa, y era explícita su aspiración de lograr una nueva síntesis de una y otra.

El arte y la cultura eran vividas como experiencias independientes, ajenas a las instituciones y cualquier variante orgánica. Era una conducta *natural*, que funcionaba en contacto superficial con el sistema cultural, pero no por motivos programáticos, y que sería peligroso mistificar retrospectivamente: era la relación *posible* con la realidad y respondía sólo a lo que cada uno respetaba íntimamente como verdadero.

* * *

Recientemente, una persona más joven me transmitió —admirativamente— la imagen de un Saer con pasado de provocador disidente. Era un estereotipo del rebelde profesional que no corresponde a la realidad. Juani actuaba como un polemista vehemente y temible, pero no buscaba las ocasiones para demostrarlo. Las ocasiones se ocupaban de buscarlo a él, se diría.

Un episodio significativo se produjo en un congreso de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) realizado en Paraná, la ciudad ubicada del otro lado del río. Me consta que Juani concurrió únicamente para aprovechar la oportunidad de verse con Roa Bastos, a quien apreciaba y con quien tenía que trabajar en un guión.

Pero se apareció en un plenario y protagonizó un alboroto que, estoy seguro, estaba afuera de sus cálculos.

En ese santuario, cualquier idea sensata de Saer sobre literatura podía explotar como dinamita. Supongo, además, que Juani no se comportó como un diplomático de carrera.

Creo que se enojó por haber escuchado algo que no le gustó en relación con Juan L. Ortiz, salió a defender la reputación de su amigo y atropelló a Silvina Bullrich, una vaca sagrada que se cruzó en su camino. El incidente alcanzó trascendencia nacional particularmente por su difusión en un ciclo de televisión de Augusto Bonardo, donde se recreó la polémica.

Algunos escritores jóvenes se acercaron con el propósito de aprovechar la oportunidad para conquistar la SADE con banderas renovadoras. Nada más alejado de las intenciones de Juani que, eso sí, hubiera aceptado como más honorable un lugar en la comisión directiva del Chantacuatro, el club donde en ese tiempo se cultivaban los juegos de azar. Había monte, pase inglés y punto y banca, este último su pasatiempo favorito.

El juego era clandestino, y eso suponía que no se jugaba en los paseos públicos sólo por un problema de iluminación. Como en todos lados, nuestra policía es versátil, y se desenvuelve con igual soltura a uno y otro lado de la ley, aunque a veces se producían malentendidos que concluían con una *razzia*. En una de ellas, los hombres de azul se llevaron a todos los que encontraron en el Club Gimnasia, Juani entre ellos, ya que no pudo demostrar que se encontraba allí para entrenarse en la pileta de natación. Eso representó dos días en la comisaría, a la cual, cuidando mi reputación de tipo gracioso, le llevé *El jugador* de Dostoievsky como material de lectura y unas empanadas que preparó mi mamá con una lima escondida.

Cierta madrugada, en un bar del Mercado Central, fui testigo de una irritante discusión teórica sobre el punto y banca. Juani sostenía que *siempre* había que jugar a punto, mientras su

antagonista afirmaba exactamente lo contrario, o sea que *siempre* había que apostar a banca. Es obvio que no existía posibilidad de acuerdo, y que estaba descartada toda razón matemática. En esa ciega discusión de teólogos, Juani llevó su argumentación al campo del psicologismo más peligroso —especialmente peligroso por tratarse de un jugador— con una explicación vulgar que asociaba la defensa de la banca de parte de su contrincante con el complejo de Edipo. Ninguno tenía autoridad, porque yo los veía perder habitualmente jugando tanto al punto como a la banca, inclusive traicionando sus principios apostando alternativamente a uno y la otra.

* * *

El proyecto de Juani consistía en vivir y escribir en Colastiné, adonde se instaló después de casado con Bibí, en una casa común con mucho terreno arbolado, sobre uno de los arenosos caminos interiores, a menos de una cuadra del asfalto, en las inmediaciones del Bosque alegre, y en un paraje donde gradualmente se fueron estableciendo otros amigos, como Hugo Gola y los cineastas Raúl Beceyro y Patricio Coll.

Juani se relacionaba bien con la gente del lugar, y puedo recordar que una mañana de Navidad fue a tomar una copa al almacén y volvió a su casa con un caballo que le habían vendido. Poco tiempo después se deshizo de él, ya que no estaba preparado para las complicaciones que acarrea la posesión de un caballo.

No se aisló en el campo, venía casi diariamente a la ciudad y viajaba con frecuencia a Buenos Aires, para tratos con editores y negociar guiones con aquel productor por el cual tenía simpatía, un sentimiento que, estoy seguro, jamás interfirió en los arreglos económicos.

A Juani le gustaba instalarse en Buenos Aires por un tiempo indefinido, a veces *demasiado* indefinido, y era una forma nece-

saría de contacto con el resto del planeta, aunque sostenía que esa experiencia no debía ser prolongada.

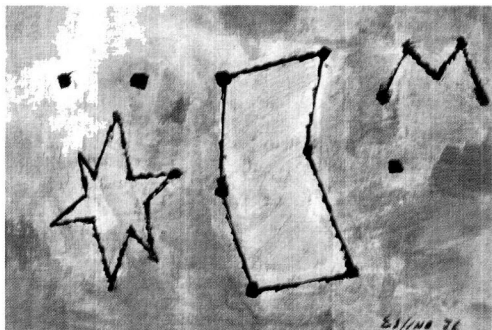
En su casa de Colastiné disponía de comodidades para hacer asado, lo que nos evitaba el recurso de concurrir a las parrilladas como El Isleño. Juani era un buen asador, a quien tal vez sobrevaloré porque, con mi escasa experiencia en la vida, yo aún no había visto a los grandes maestros en acción. En su cuento “Algo se aproxima” —el que Juani realmente valoraba de su primer libro— el narrador dice que “las mujeres se hallaban en la cocina salando la carne”, una frase alarmante que, si bien no desmerece la calidad literaria del relato, revela desviaciones conceptuales acerca de la preparación del asado que, estoy seguro, Juani ha superado.

* * *

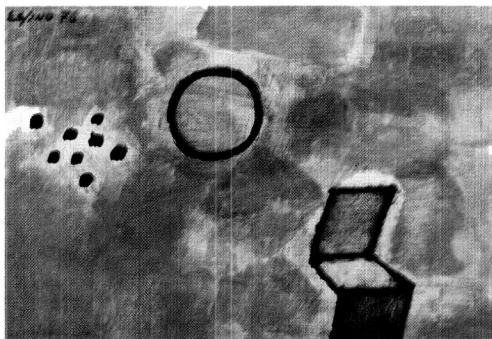
Hoy, Saer no forma parte del Parnaso de nativos ilustres de Santa Fe, donde es un ausente a quien recuerdan viejos amigos y cuyos méritos reconocen las profesoras de letras. Es una paradoja, ya que escribe sobre la ciudad y sus habitantes con la precisión de un guía de turismo. Esta sola razón extraliteraria hubiera bastado, aunque más no sea, para que su obra atravesara la mezquina rendija que nos conduce a ese ramo conocido como “literatura regional”.

Pareciera que, proporcionalmente a su universalidad, Saer desapareció para una ciudad que, por su parte, también dejó de existir tal cual era cuando la dejó Saer. Entre el mal gusto de los nuevos ricos y los políticos corruptos, con la ayuda de la barbarie menemista, Santa Fe se fue convirtiendo en la Ciudad Gótica dominada por El Guasón.

Santa Fe, 1992



Óleo y acrílico sobre tela, 1976, 19 x 29 cm



Óleo y acrílico, 1976, 19 x 29 cm